

LECTURA DE PASAJES DE LOS APÓCRIFOS

Raúl Lavalle

En nuestro medio es relativamente conocida entre los estudiosos la edición de *Los Evangelios Apócrifos* de Aurelio de Santos Otero. Pero muy pocos son, en nuestro medio, los trabajos que se presentan sobre los *Apócrifos*. No alcanzo a entender los motivos de esto, pues la importancia de tales escritos es múltiple. Dicha despreocupación –o desconocimiento en algún caso– me anima a dedicarles unas líneas, en las que destaco varios pasajes. Por otra parte, pensemos nada más en los alumnos que terminan en la universidad sus griegos y sus latines y se acercan a nosotros, deseosos de no perder lo adquirido: “El año próximo –dicen en palabras parecidas– voy a sentir como que me falta algo al no tener que hacer la traducción”. ¿Cómo harán para mantener viva la llama? No hay una respuesta única, pero los apócrifos son un buen camino, pues en general su lengua es accesible y no carecen, según intentaremos mostrar, de valor literario.

* * *

El *Protoevangelio de Santiago* es tal vez el más conocido de los apócrifos, y es bastante abundante en narraciones milagrosas. Muchas tomaríamos, pero nos quedamos con esta. En XVIII 2 José, que había dejado en una cueva a María y a sus hijos de él (anteriores al matrimonio con la Virgen), va en busca de una partera.

Y yo, José, me eché a andar, pero no podía avanzar; y al elevar mis ojos al espacio, me pareció ver como si el aire estuviera estremecido de asombro; y cuando fijé mi vista en el firmamento, lo encontré estático y los pájaros del cielo inmóviles; y al dirigir mi mirada hacia la tierra,

Raúl Lavalle, Lectura de pasajes de los apócrifos

vi un recipiente en el suelo y unos trabajadores echados en actitud de comer, con sus manos en la vasija. Pero los que simulaban masticar, en realidad no masticaban; y los que parecían estar en actitud de tomar la comida, tampoco la sacaban del plato; y, finalmente, los que parecían introducir los manjares en la boca, no lo hacían, sino que todos tenían sus rostros mirando hacia arriba. También había unas ovejas que iban siendo arreadas, pero no daban un paso [sino que estaban paradas], y el pastor levantó su diestra para bastonearlas [con el cayado], pero quedó su mano tendida en el aire. Y, al dirigir mi vista hacia la corriente del río, vi cómo unos cabritillos ponían en ella sus hocicos, pero no bebían. En una palabra, todas las cosas eran en un momento apartadas de su curso normal.

Santos Otero llama la atención sobre el cambio de personas en la narración: piensa que tal vez se deba a “una verdadera transcripción de una a fuente preexistente”. Prescindo aquí del *verum* y me quedo con el texto tal como está. El tratado *Sobre lo sublime* afirma que el cambio de personas es algo dramático (*ἐναγώνιος*) y causa muchas veces una sensación de estar en medio del hecho¹. Así también aquí, parece enfático el cambio para describir esta suspensión de todas las cosas. El mundo de arriba (*ἀέρα, πολόν, οὐρανοῦ*) es personificado por el autor, quien lo hace *ἔκθαμβον* ante el prodigio. Y los pastores del campo (aquí se pasa de lo cósmico a lo más cotidiano y simple) están quietos, como en una cámara detenida; hasta la corriente del río (la raíz de ‘fluir’ presente en *χείμαρρον*) se detiene. El curso (*δρόμω*) de las cosas debe asentir de modo especial a la grandeza de este momento oportuno. El *Protoevangelio* en este bello pasaje nos da una suerte de primer pesebre viviente, en rara *ἡρεμία*.

* * *

Los capítulos XIII y XIV del *Evangelio del Ps. Mateo* coinciden en varias cosas con el *Protoevangelio*. Un ejemplo: el nacimiento de Jesús es en una cueva (XIII 2). Esta caverna era subterránea, pero tan oscura que en ella *lux non fuit unquam sed semper tenebrae*. Pero la narración hace un juego de opuestos, pues *ad ingressum Mariae coepit tota spelunca splendorem habere*.

¹ XXVI 1.

La iluminación fue verdaderamente diurna, *quasi esset ibi hora sexta diei*. La luz divina es el marco para el prodigio: el nacimiento de un varón *quem circumdederunt angeli nascentem*. *El gloria in excelsis* del coro angélico está dentro de esta cueva, no fuera. Cueva elevada a la categoría de pequeño mundo (Dios, la humanidad y los ángeles están en ella). Nuestro texto nos “inicia”, en esa “gnosis” del prodigio.

Igual que en el *Protoevangelio*, José había ido en busca de una partera, y viene de vuelta con dos (aquí se llaman Zelomí y Salomé). Estos testigos calificados aseguran que *virgo concepit, virgo peperit, virgo permansit* (XIII 3). Nuestros pesebres son también representaciones del nacimiento de Jesús. En el evangelio canónico de Lucas (3, 7) la Virgen dio a luz al Niño, lo envolvió en pañales y lo reclinó en un pesebre. Pero el Ps. Mateo (no es el único) pone al pesebre más tarde: *tertia autem die nativitatis Domini egressa est Maria de spelunca, et ingressa est stabulum et posuit puerum in praesepio, et bos et asinus adoraverunt eum* (XIV 1). Tal humanización de las bestias del establo es, a mi gusto, de gran belleza; también a gusto de la plástica, pues una larga tradición da expresión como humana al burro y al asno. Un ejemplo entre muchos: *La Natividad*, mosaico bizantino del s. XI en la iglesia del Monasterio de San Lucas, en la Fócida². Allí ambos animales miran como con admiración a un Niño cuyo rostro parece de algunos años de edad (tampoco esto es nuevo en iconografía sacra). Las imágenes no hablan; o mejor, hablan de otro modo. Pero nuestro apócrifo dio un paso adelante al atribuir a las bestias voluntad de adoración.

* * *

El cap. IV del *Evangelio del Ps. Tomás* nos trae un milagro notable:

Iba otra vez por medio del pueblo y un muchacho, que venía corriendo, fue a chocar contra sus espaldas. Irritado Jesús, le dijo: “No proseguirás tu camino”. E inmediatamente cayó muerto el rapaz. Algunos, que vieron lo sucedido, dijeron: “¿De dónde habrá venido este muchacho, que todas sus palabras resultan hechos consumados?”

² La imagen, en *mosaicos griegos bizantinos* (texto de André Grabar) – Buenos Aires, Hertes – Unesso, 1964, lámina 10.

Raúl Lavalle, Lectura de pasajes de los apócrifos

En el capítulo anterior, este extraño Jesús había dejado literalmente “seco como un árbol” al hijo de Anás, el escriba, porque le había arruinado unos canales que había hecho Jesús con el agua de lluvia (III 2-3). Pero en la parte que citamos no hay ningún tipo de provocación, lo cual destaca la ira cruel y amarga (*πικρανθείς ὁ Ἰησοῦς*). Aurelio de Santos Otero aclara en nota que otros manuscritos traen un texto que puede hacer más explicable, no sé si disculpable, la venganza: ‘Cierta niño arrojó una piedra contra él y lo hirió en el hombro’ (trad. nuestra). Es verdad que en el resto del relato los milagros que aparecen llevan la salvación, no la muerte. Pero el gusto también se alimenta de la *varietas*, y encuentro interesante, bello, que esta colección de escritos nos muestren un Cristo que obra milagros innecesarios y que se deja llevar de la ira. Mi lectura no es eurípidea: no intenta purificar el concepto de divinidad. Como antes dijimos, el interés narrativo es lo que aquí atrae nuestra atención. También, la fuerza expresiva; por ejemplo cuando el narrador con gran economía de medios se refiere a la muerte del muchacho: *καὶ παραχρῆμα πεσὼν ἀπέθανεν*. La fuerza de la frase se corresponde con el terrible poder que da el autor al niño: “cualquier palabra de su boca, fuera buena o mala, resultaba un hecho y se convertía en una maravilla” (V 2). Como cuando el niño con su sola palabra dio vida a unos pajarillos de barro (II 4).

* * *

Ocurrió de nuevo un día de sementera que Jesús iba atravesando el Asia y vio un labrador que sembraba cierto género de legumbres, por nombre garbanzos, en una finca que es llamada la cercana a la tumba de Raquel, entre Jerusalén y Belén. Jesús le dijo: “Hombre, ¿qué es lo que estás sembrando?” Mas él, llevándolo a mal y burlándose de que un muchacho de aquella edad le hiciera esta pregunta, respondió: “Piedras”. Y todos aquellos garbanzos se convirtieron en piedras durísimas, que aún conservan la forma de garbanzos, el color y aun el ojuelo en la cabeza. Y de esta manera todos aquellos granos, tanto los ya sembrados como los que iban a serlo, se convirtieron en piedras. Y hasta hoy, buscándolas con cuidado, se pueden encontrar dichas piedras en el mencionado campo (I 4).

El llamado *Libro sobre la infancia del Salvador* está en un manuscrito latino del s. XIII. Aurelio de Santos Otero piensa que es “una compilación medieval de leyendas apócrifas” (p. 366). Un rasgo medieval de lenguaje podría ser el uso de *campus* en vez de *ager*. En *grana omnia ciceralia*, el adjetivo no es del latín clásico. Primero sorprende la gran imprecisión del lugar (*per Asiam*); todo lo contrario de *cicer*, que todo el mundo conoce; y de la tumba de Raquel (supongo que se trata de la mujer de Jacob). En cuanto al milagro en sí, parece por una parte ser un irónico castigo a la burla del sembrador; por otro, testimonio del poder de quien *solo verbo* había hecho esas perfectas esculturas, monumentum para épocas venideras. El *usque hodie* da fuerza a la narración; pero se requiere fe constante en el prodigio (*a diligenter quaerentibus lapides illi inveniuntur*). De cualquier forma, lo “inútil” del milagro le confiere, ya dijimos, una rara belleza.

* * *

Según el editor de la Biblioteca de Autores Cristianos, la brevísima *Muerte de Pilato* apenas puede ser un escrito apócrifo: “*la legenda aurea*, al incluirla, hace relación a cierta historia *apocrypha* de la que había sido tomada” (pp. 495-496). Parece claro que es obra del Medioevo occidental. Llamamos la atención sobre algunos aspectos.

Todo comienza en Roma, con una ‘grave enfermedad’ que aquejaba a Tiberio. El Emperador se entera (*intelligens* dice el texto, verbo raro para dar esa idea) de que en Jerusalén había *quidam medicus, nomine Iesus*. Como vemos, ‘médico’ es lo esencial que percibe de Jesús; dos veces más repite la palabra. Volusiano, un allegado al emperador, recibe el encargo de ir a ver a Pilato, *servitori et amico*. También sorprende que se hable de amistad entre ambos; en todo caso, Volusiano tendrá que llevar a Roma a este hombre que cura –nuevamente encontramos la fórmula– *solo verbo*.

Audiens haec Pilatus territus est valde, sciens quod per invidiam eum occidi fecerat. Así dice el texto, y agrega que Pilato respondió al mensajero: *Hic homo erat malefactor et homo qui trahebat ad se totum populum: sic habito consilium sapientum civitatis eum crucificari feci*. Aquí carga la culpa principal, pero otros apócrifos no lo hacen tan malo al romano. Por ejemplo, la *Relación de Pilato* dice: “Este es, pues, aquel a quien Herodes, y Arquelao, y Filipo, Anás y Caifás, me entregaron en connivencia con todo el pueblo, haciéndome mucha fuerza para que lo juzgara” (VI). Las *Actas de Pilato* son también mucho más benévolas, a tal punto que Nicodemo, personaje de las mismas, llama al gobernador “bondadoso como eres” (Parte I, V).

Raúl Lavalle, Lectura de pasajes de los apócrifos

El mensajero se volvía entonces con las manos vacías, pero encontró camino a su *hospitium* a una mujer llamada Verónica, *quae fuerat familiaris Iesu*. Ella manifestó a Volusiano el dolor que le había dejado la muerte de Jesús, y contó que en vida del Maestro había querido tener una imagen suya, *ne eius praesentia nimis invita carerem*: esto le iba a dar al menos un consuelo. Llevando el lienzo a casa de un pintor, el propio Jesús le salió al encuentro, le preguntó adónde iba y, sin demora, se lo devolvió con la Santa Faz en él impresa: *ergo huius aspectum si dominus tuus devote intuebitur, continuo sanitatis beneficio potietur*.

Como vemos, aquí está el célebre *μανδύλιον*. En otra forma de la leyenda, según la *Doctrina de Addai*, un apócrifo sirio del s. V, Hannan, mensajero de Abgaro de Osroene (se trata de Abgaro de Osroene V Ukhâmâ, que reinó del 4 a. C. al 7 d. C) quiso hacer al menos un retrato de Jesús para llevárselo a Edesa, a su rey. La belleza del rostro divino impidió esto, pero Jesús tomó un paño e imprimió allí este primer arquetipo, *ἁχειροποίητος*³. Sin duda la narración siríaca es más rica en *πάθος*⁴. La iconografía bizantina, eslava incluida, nos ha conservado varios *mandylia*: es decir, obras de autores muy posteriores que mantuvieron viva la tradición⁵.

Volusiano volvió a Roma en compañía de la Verónica (esto es nuevo para mí), y dijo a Tiberio que Jesús había sido entregado por Pilato y los judíos a una ‘injusta muerte’, pero que una señora (*matrona* dice el texto) poseía un retrato suyo capaz de devolverle la salud. Tiberio, al oír esto, *pannis sericis viam sterni fecit et imaginem sibi praecepit praesentari*. No bien la miró, recobró su salud. Una preciosa alfombra había llevado a Agamenón a la muerte⁶; esta trajo a Tiberio *salutem pristinam*.

Como consecuencia de esto, Pilato fue apresado y llevado a Roma para su castigo. Tiberio estaba muy enojado contra él, pero Pilato vino a su presencia con la túnica inconsútil de Jesús⁷. Y nuevamente el milagro, pues al verlo el Emperador *omnem iram deposuit*. Al irse Pilato, de nuevo la ira se apoderó de Tiberio, a tal punto que lo hizo llamar nuevamente, afirmando que

³ Los datos sobre la leyenda los tomó del libro de Aurelio de Santos de Otero (pp. 662-669); cf. También Franco Cardini: “Egeria la peregrina”, en *la mujer medieval* (introd. Y compilación Ferruccio Bertini). Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 57-58.

⁴ Un patetismo tal vez comparable es el del libro VI de la *Eneida*. Dédalo no pudo esculpir la caída de Ícaro: *tu quoque magnam / partem opere in tanto, sineret dolor, Icare, haberes* (vv. 30-31).

⁵ Cf. R. Latour. *Íconos*. Barcelona, Ultramar, 1997.

⁶ Esquilo, *Agamenón*, vv. 918-925.

⁷ Alusión al *χιτών ἄραφος* evangélico (Jn 19, 23).

filius mortis est et nefas est eum vivere super terram. Mas la túnica volvió a ejercer ese curioso efecto pacificador: *cum eum vidit, continuo eum salutavit et omnem animi ferocitatem abiecit.* Como vemos, en este apócrifo las telas son importantes.

Lo notable es que ese cambio de humor de Tiberio, efecto de la túnica divina que llevaba Pilato, fue advertido por fin. La razón es doble; mejor dicho, el autor del apócrifo no se pronuncia definitivamente por ninguna de las dos: *divino nutu vel forte alicuius Christiani suasu ipsum illa tunica expoliari fecit.*

Suetonio no nos dice precisamente que Tiberio fuera un hombre manso de carácter: *in omne genus crudelitatis erupit, nunquam deficiente materia*⁸. El milagro de esta santa túnica parece entonces mayor: ¿no a cualquiera ha dulcificado! Pero, según el relato, Tiberio volvió por las suyas. Mandó encarcelar a Pilato hasta tomar una decisión sobre su destino. La sentencia fue *ut morte turpissima damnaretur.* Pero, igual que varios condenados de la época imperial⁹, Pilato prefirió el suicidio a otra muerte más terrible: *cultello proprio se necavit.*

Ahora bien; la crueldad gusta de ensañarse, incluso con los muertos. Para poner un ejemplo clásico, Orestes en la *Electra* de Eurípides quiere ultrajar de diversas maneras el cadáver de Egisto, pero su hermana lo llama a la moderación y a la sensatez¹⁰. No es sensato Tiberio. De alguna forma piensa en cristiano, *pues dice: vere mortuus est morte turpissima, cui manus propria non pepercit;* por otra parte, hace que el cuerpo de Pilato sea arrojado con una mole al fondo del Tíber.

Pero no solo Tiberio se ensaña. También el autor de nuestro apócrifo, pues ciertos espíritus malignos, que se alegraban ante un cuerpo de su misma condición, levantan toda clase de tempestades, de forma que se llenan de temor todos los hombres. Los romanos naturalmente sacaron el cuerpo del Tíber y lo enviaron a Viena; no a *Vindobona* sino a *Vienna*, en la Galia, y lo echaron al Ródano. Hay algo curioso aquí, el motivo dado por el apócrifo: *causa derisionis.* La explicación de esta burla contra Pilato es una similitud de sonido: *Vienna enim dicitur quasi via gehennae, quia erat tunc locus maledictionis.* ¿Por qué razón en la Edad Media alguien consideraba que tan ameno lugar de Francia estaba maldito? Tal vez ni la ciencia de los espíritus malignos nos lo pueda explicar. En todo caso, nosotros conocemos el castigo antiguo al alma del difunto; por ejemplo dejarlo insepulto, como vemos en la

⁸ *Tiberio*, 61

⁹ Por ejemplo el célebre Petronio de los *Anales* de Tácito (XVI, 18-19).

¹⁰ Vv. 890 sq.

Raúl Lavalle, Lectura de pasajes de los apócrifos

Antígona de Sófocles¹¹. Aquí el castigo parece consistir en enviar a un hombre endemoniado a una tierra demoníaca, una como Tesalia gala (si perdonan los lectores cierta desmesura en la comparación).

El peregrinar del espíritu malsano (*vas maledictionis* lo llama) no se detiene, pues los hombres del lugar no pudieron sufrir que los demonios siguieran con su aquelarre (un paisano del Ródano quizá se disguste ante esta palabra vasca). Lo sacaron entonces de allí y lo sepultaron en territorio de Lausana. Pero allí tampoco estuvieron dispuestos a tolerar la invasión demoníaca. Lo lanzaron a un pozo rodeado de montañas, donde todavía, según narran algunos (*relatione quorundam*), hay ‘ciertas maquinaciones diabólicas’. Como se ve, lo abrupto del final cuadra bien con la quebrada geografía suiza, y con las narraciones apócrifas, que más de una vez proceden per saltus. ¿Qué es esto? ¿Estamos ante una rivalidad de lugareños, que echa en cara a Lausana el ser una como tierra maldita?. No sé, pero ni el pozo de Santos Vega es tan fantástico como el *Puteus Pilati* (nos creemos perfectamente autorizados para llamarlo así).

* * *

Un verdadero concierto de maravillas es el llamado *Libro de San Juan Evangelista*. Aurelio de Santos Otero explica en su introducción que es tal vez el más importante de los apócrifos asuncionistas, y que su antigüedad puede ser referida “al siglo IV o antes” (p. 580). Varios son los escritos dedicados a la *dormición* de María, pero el narrador se identifica a sí mismo con Juan el Teólogo; es decir, el Evangelista, comúnmente para nosotros. Como él seguía el mandato de Jesús¹², acompañaba a María en lo que le restaba de su vida aquí.

Los apóstoles llegan a Belén para acompañar a la Virgen en sus últimos días en esta vida. Lo notable es cómo lo hicieron: una nube de luz los trajo, separadamente, por los aires y los puso en la casa de María. No narraremos aquí dónde estaba cada uno cuando fueron arrebatados milagrosamente. El ejemplo más raro es el de Tomás, quien se encontraba bautizando en la India (nada menos que al “hijo de la hermana del rey, por nombre Lavdán”, XX); pero la nube no sabía de dilaciones, y lo transportó en un instante al Oriente cercano.

¹¹ Vv. 198-206

¹² La nube de luz del apócrifo tal vez sea un eco de la *νεφέλη φωτεινή* del relato de Mateo de la transfiguración.

Sin embargo, prefiero lo que cuenta Mateo (XXIII). Él se encontraba en una nave que hacía frente a un tiempo tempestuoso hasta rabiarse (τῆς θαλάσσης ἀγριωμένης διὰ τῶν κυμάτων). Las nubes causan temor en una tormenta, pero esta fue salvación, pues trajo la bonanza al mar; también, correo y portador, pues en ella Mateo vino a Belén.

Pero ella fue un instrumento. El verdadero autor fue el Espíritu Santo, quien en persona obró otro milagro: “Andrés, el hermano de Pedro, y Felipe, Lucas y Simón Cananeo, juntamente con Tadeo, los cuales habían muerto ya, fueron despertados de sus sepulcros por el Espíritu Santo” (XIII). El texto se encarga de aclarar que no se trata de la hora de la resurrección, sino de rendir un “homenaje maravilloso” a la Virgen. El griego en realidad no dice que ellos harán prodigios, sino que van a ir πρὸς τιμὴν καὶ θαυματουργίαν. Y enseguida aclara que consiste en la salida y partida a los cielos. El apócrifo evita θάνατος y emplea ἔξοδος y ἀνάλυσις (no como ‘descomposición’ sino como ‘partida’, suelta del ancla o de las amarras)¹³.

* * *

Decíamos al principio que valoramos mucho a los *Apócrifos* como textos literarios. Cualquier lector de la clásica edición española de Aurelio de Santos Otero puede ver, en las notas e introducciones de la misma, la importancia que tienen estos escritos desde puntos de vista histórico y doctrinal. Pero hemos preferido aquí (incluso por nuestra falta de un conocimiento profundo sobre esos aspectos) limitarnos a comentar pasajes de una rara belleza. Tal belleza, tal vez fruto de una fantasía máxima, desmesurada, la apreciaba de modo especial Jorge Luis Borges¹⁴.

Simón el Mago tenía a su puerta un gran dogo, que devoraba a todos aquellos a quienes su dueño no quería dejar entrar. San Pedro quería hablar a Simón y ordenó al perro que le dijera, en lenguaje humano, que Pedro, servidor de Dios, lo buscaba. El perro cumplió esta orden, ante la gran sorpresa de quienes estaban con Simón. Pero Simón, para hacer ver que él no sabía menos que San Pedro, ordenó a su

¹³ En XLIX dice que su cuerpo ‘fue trasladado’ (μετετέθη) al paraíso. Recordemos que en el título del escrito se habla de ‘dormición’ (κοίμησις).

¹⁴ Cuando se publicó en Buenos Aires, hace muchos años, la biblioteca personal (los libros preferidos) de nuestro gran escritor, las dos primeras entregas fueron sendos volúmenes de los *Apócrifos*.

Raúl Lavalle, Lectura de pasajes de los apócrifos

vez al perro que fuera a decirle que entrara, lo cual fue hecho a continuación.

El jesuita francés Fontenelle (1657-1757) se lamentaba así en su *Histoire des oracles* de esto que narraba el autor bizantino Cedreno (s. XI). Lo consideraba producto de “un siècle ignorant”, donde “la licence d’écrite impunément des fables se joignait encore à l’inclination générale qui y porte les Grecs”¹⁵. Tenía razón, al menos desde su época y desde su propio evemerismo. Pero nuestro objetivo era *humillimum*: abrir a los lectores algunas páginas de estos libros que, como los de los hagiógrafos, más de una vez cultivan lo maravilloso.

¹⁵ Citamos por la ed. *Oeuvres choisies* (ed. Pierre Chambry). Paris, Larousse, s.f., cap. IV, p. 70.

**IN THE PAPER WE COMMENT SOME PASSAGES OF THE
SO CALLED *EVANGELLA APOCRYPHA*.**

These books were very often studied under different aspects, but here we emphasize on the literary value of these writings. According to our opinion, the *mirabilia* play a great role in such literary beauty.